

UN BOLIVAR H U M A N O

Por: GABRIEL NARANJO PIZANO



un
as
ios,
del
ula
tar
en
ndre
y
son
bid
abs
y
tan
is
...

No soy un erudito en la vida y obra del más ilustre de los americanos. Soy, eso sí, un enamorado de ellas. Estoy convencido de la vigencia del pensamiento del Libertador en estas tierras que tanto amó y por las cuales fue capaz de las más grandes hazañas, los más grandes sacrificios, aun el de su propia existencia.

Como dice el Maestro Fernando González, ... "Ha llegado el momento de bajar al Libertador del caballo gomoso de las esculturas encargadas por los caudillos tropicales y de montarlo en su mula orejona, porque en caballo no se pueden atravesar y recorrer los Andes. Bolívar lo usaba para entrar a las ciudades, y domaba potros en los Llanos del Orinoco, pero en su obra larga y paciente fue acompañado de la mula". Ese es el Bolívar que quiero mostrar. El Bolívar desmitificado, el hombre de las dificultades, el Bolívar Humano.

Su vida siempre estuvo marcada por un sino de tragedia. Su padre lo engendró ya taberculoso, y tres años después de haber nacido el que más tarde sería el Libertador de América, murió.

Su madre, también de muy frágil salud, no puede brindar a éste su cuarto hijo, la leche de sus senos y debe entregarlo a una nodriza cubana que habría de alimentarlo en sus primeros meses.

Nueve años tenía cuando murió su madre. Más tarde, aún muy joven, contrae matrimonio en Madrid con una distinguida dama española y al regresar a su heredad en San Mateo, antes de un año, queda viudo. Entonces tenemos a un joven que a los tres años pierde a su padre, a los nueve a su madre y con menos de veinte es viudo. Y ¿qué habría sido de América si estos tres sucesos no hubieran ocurrido? A los 25 años de la muerte de María Teresa Rodríguez de Toro, Bolívar ha de explicar: "si no hubiera enviudado quizás la vida habría sido otra; no sería el General Bolívar, ni el Libertador...

La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en Lugar de habérmelas con el arado de Ceres". Triste ironía para nuestra América. Y es que la muerte de sus seres amados ocurre en el período de la existencia en que las impresiones se fijan más duramente en la interioridad del alma.

Bolívar, huérfano muy joven y pasando de tutor en tutor, sin las imagen de un padre que lo oriente, va forjando su personalidad acorde con lo que sus maestros van indicando. De ahí el que muchas veces entre en profundas contradicciones: Bolívar humano.

De sus mentores sobresale Don Simón Rodríguez; el más certero en la exploración del alma juvenil. Él talla en esa piedra que le entregan la figura del Emilio de Rousseau y "la obra supera al modelo y rebasa los anhelos del tallador" (Mario Briceño Perozo).

Después de enviudar, Bolívar regresa a España a reencontrarse con su familia política. Luego viaja a Roma en donde se encuentra con Don Simón Rodríguez. Este, un maestro escéptico, lo induce a la lectura de los enciclopedistas; lo

pone en contacto con la Europa revolucionaria. Estos aspectos sembraron en él un indiscutible indiferentismo religioso. Sostiene el profesor López de Mesa que esto lo condujo a un embrollo conflictivo al anteponer a estas nuevas creencias, su formación en un hogar tradicional y de firme raigambre católica. Valdría la pena preguntarnos aquí: ¿Fue Bolívar irreligioso? La devoción tradicional de su familia por la Santísima Trinidad (de ahí

su nombre) hacía que su fiesta fuera siempre celebrada con gran solemnidad.

Bolívar nunca olvidó ese recuerdo de la infancia y en carta a su sobrino Fernando le rememora la obligación de no interrumpir la inmemorial tradición

familiar y celebrar con mucha pompa esta fiesta. Sus obras escritas más famosas, "Manifiesto de Cartagena", "de Jamaica", "Discurso de Angostura", "La Constitución Boliviana" y aún su último testamento, son reflejo fiel de su gran catolicismo. Hay autores como Cornelio Hispano que se han atrevido a decir que el Libertador murió impenitente. La lectura de tanto documento que existe sobre los últimos días del Padre de la Patria, los testimonios de quienes fueron su última compañía y lo vieron morir, demuestran claramente que Bolívar recibió el sacramento



de la confesión del Obispo de Santa Marta, el Señor Estévez. En 1876, José Manuel Groot escribió, apoyado en una carta del Señor Juan Ujueta, testigo de la muerte de Bolívar, que el señor Estévez no solo lo confesó, sino que también le suministró los demás auxilios espirituales.

¿Fue Bolívar Masón? Él mismo le declara a Perou de La Croix que perteneció a la masonería, "donde encontró gente de buena fe y no pocos bribones". Es cierto que promediando su vida se le encuentra inscrito en varias logias masónicas pero también es cierto que las reuniones a las que asistía, muchas de ellas presididas por él porque había alcanzado el grado 33, propugnaban una moral individual en cuanto a su obediencia, ajustando los actos humanos a la propia conciencia. Eran reuniones cerradas de discusión y literatura en donde se filosofaba sobre variados tópicos. De ahí el que hubiesen existido órdenes masónicas de corte bolivariano y otras antibolivarianas o santanderistas, ya que el General Santander ostentaba el mismo grado del Libertador. Pero en síntesis fueron "simples clubes de amigos con inquietudes intelectuales para servicio del Estado", al decir del Doctor Carlos Mejía

Gutiérrez en su escrito "Valoración de la Personalidad de Bolívar". Bolívar, pues, fue masón, lo mismo que San Martín, Santander, Miranda, Ospina Rodríguez; "pero en los últimos años de su vida persiguió esa sociedad secreta cuyo carácter no le

había sido bien conocido en un principio. Bolívar le volvió completamente las espaldas en las postrimerías de su vida y en los actos finales de su administración" (José Fulgencio Gutiérrez).

"En el curso de su vida (dice el Cardenal José Humberto Quintero), no obstante las flaquezas inherentes a nuestra carne pecadora, procuró responder al carácter de cristiano que le imprimió el bautismo". He ahí al Bolívar humano. No podemos olvidar que el Libertador, acompañado de los Generales Santander y Anzoátegui, llegó hasta las gradas del altar de la Catedral de Santafé de Bogotá a rendir gracias a Dios después del triunfo de Boyacá. Y en muchísimos escritos se encuentra que al llegar en sus largos viajes a cualquier remota población, lo primero que hacía era dirigirse al templo a testimoniar su amor al Señor. El citado Perou de la Croix, en su diario de Bucaramanga, dice "Durante el tiempo que el Libertador ha permanecido aquí no ha dejado una sola vez de ir a la Iglesia en los días de fiesta y el cura tiene destinado a un padrecito muy expedito para que diga la misa a que asiste S.E."

Sus relaciones con la Iglesia y con El Vaticano siempre fueron excelentes. Consideraba a la Iglesia como sagrada y necesaria. Muchos documentos demuestran su permanente preocupación para que se le respete y apoye. "Protegeré la religión hasta que me muera", le dice a su hermana María Antonia. En 1828, en un decreto dispuso: "El gobierno sostendrá



y protegerá la Religión Católica, Apostólica y Romana, como la religión de los Colombianos". Cuán distinto es hoy en día nuestro país cuando de un plumazo se quiere borrar la antiquísima costumbre, practicada año tras año, de renovar la consagración de Colombia al Sagrado Corazón de Jesús. Y no es porque los tiempos hayan cambiado. Es porque ya no bebe en la fuente inspiradora de la fe religiosa del Libertador, en su profundo amor a Jesucristo y en sus profundas convicciones católicas.

Bolívar, el hombre de las dificultades. Al regresar de Europa con Miranda, viejo militar ya afrancesado, fracasa con éste en su empeño de libertar a Venezuela. Bolívar no encuentra en Miranda al militar aguerrido capaz de arengar a las huestes de indios, mulatos y llaneros, muchas veces casi sin vestidos y a quienes daba órdenes en francés. Bolívar en cambio les daba las órdenes en su más claro idioma nativo. "Y a estos hombres feroces les hablaba Bolívar de una nación más grande que todas las pasadas, presentes y futuras. Los llamaba los bravos de los bravos de Venezuela". (Fernando González). Pero no puede con la intriga de Miranda y peor aún con su capitulación en San Mateo en 1812, cuando entregó Venezuela a Monteverde. Don Simón Bolívar viaja a Curazao y de allí a la inspiradora Cartagena. Allí escribe su famoso manifiesto.

Citemos nuevamente al filósofo de Otraparte: "Meditemos que este continente está sumido

en la ignorancia y la anarquía. Los mismos Venezolanos eran los soldados de Monteverde. En la Nueva Granada no existía conciencia de patria; era muy grande la timidez de nuestros buenos padres que creían haber pecado al desconocer a Fernando VII. Bolívar concibió una nacionalidad y la formó en luchas más terribles contra los americanos que contra los españoles". En todas las empresas que inicia, Bolívar encuentra siempre la envidia, el odio, la oposición de sus mismos conciudadanos. Todo a su alrededor parece una eterna dificultad.

Bolívar humano. Fueron tantos los que durante su vida, de una u otra forma, le dieron la espalda o lo traicionaron. Narran los historiadores que empezando con Nariño, quien poco se interesaba en la lucha en los frentes de batalla, Santander con su eterno egoísmo y envidia, el mismo Sucre con su escepticismo en los primeros años y aun Córdova en quien había cifrado tantas esperanzas, debido tal vez a su juventud es presa fácil de los instigadores y también abandona y se subleva contra el Libertador. ¡Cuántos atentados se hicieron contra su vida, empezando por el de Jamaica y terminando con la funesta noche septembrina, verdadera vergüenza nacional! Este atentado, fraguado en las oscuras y frías noches bogotanas, tiene el respaldo de quienes se consideraban sus amigos, importantes hombres de entonces, carcomidos por la envidia y la pasión. "El hombre es él y sus circunstancias".



Ahí encontramos al Padre de la Patria sumido permanentemente en amargas, desengaños, traiciones. Y vale la pena traer en este momento apartes de la Pastoral del Arzobispo de Bogotá, Señor Caycedo y Flórez, días después del atentado del 25 de Septiembre de 1828: "... dijera incesantes oraciones al Altísimo por la preciosa vida y conservación de nuestro Libertador Presidente, que tanto protege a la religión, a la Iglesia y a sus Ministros". Y el capítulo eclesiástico de Antioquia llegó a decir en carta al Secretario del Interior que "con la salvación de la preciosa vida de Bolívar se ha salvado a la vez la república y la religión".

Después de una vida dedicada a la causa libertadora, de recorrer desde los Llanos de Venezuela, pasando por la Nueva Granada, Ecuador, Perú y llegando hasta Bolivia, sembrando en todas partes semillas de libertad; después de idealizar una gran Colombia que reuniera en sí a sus libertos países y se convirtiera en un subcontinente, capaz de afrontar por sí sola a cualquier nación, por poderosa



que fuera, que tratara de conquistarla nuevamente. Y ver ahora lo que queda de éste, su mayor ideal.

Cansado, enfermo, traicionado y olvidado de todos, emprende su camino hacia Santa Marta, que habría de ser su última morada. Bajo el frondoso tamarindo de la hacienda de San Pedro Alejandrino se recuesta a veces en sus últimos días a meditar en lo que fue su meritoria carrera, en lo que tanto hizo por estas naciones ingratas. Hay en su existencia algo que lo incluye en las palabras de Jesús en la noche de la Última Cena: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (Juan 15-13).

Y es verdad que quien puso su vida al servicio de una justa causa es acreedor al reconocimiento de los hombres y a la memoria de la posteridad.

Quiero, para terminar, y viendo lo que hoy nos ocurre a los colombianos, traer ahora un soneto de Julio Flórez. Escuchémoslo:

BOLIVAR

Hoy que la Patria de Vergüenza llora,
qué triste es evocar tu nombre santo.
En medio de este aterrador quebranto
de ese cáncer social que nos devora.

Hoy el alma no puede triunfadora
lanzar alegre y victorioso canto,
ni recordar sin que se escape el llanto,
de la ya muerta libertad la aurora.

Oh, genio, ven... levántate un momento,
del sepulcro y acércate! Recobra
un instante la luz del pensamiento.

Mas... no vengas... no salgas del osario
porque pudieras maldecir tu obra
y volver a la tumba sin sudario.

